

Regreso
al espacio público

Hace casi 20 años la producción intelectual sobre América Latina ha sido hegemonizada por corrientes estadounidenses que explican nuestros propios problemas con una perspectiva unilateral y alejada de un intento serio de entender las fuertes contradicciones que se viven en esta región, en parte resultado por nuestra desequilibrada inserción en la globalización, nuestra subordinación intelectual a Norteamérica y Europa, y nuestra apuesta, a veces absurda, de seguir el camino de las potencias más fuertes y renunciar a construir una teoría propia.

Es sintomático que la organización de estudios latinoamericanos más importante del mundo, LASA, después de 1993, (desde hace 13 años) haya realizado sus Congresos Internacionales exclusivamente en territorio de los EE.UU., y sea apenas el próximo año que por decisión de la mayoría de sus miembros –y debido a las negativas irrespetuosas del gobierno estadounidense para otorgar visas a intelectuales cubanos, que evitaron su participación en varios congresos de LASA– se organice el siguiente en Canadá. Además, la membresía de LASA es mayoritariamente estadounidense, el intercambio que se da en los congresos es principalmente en inglés, y las publicaciones y los debates se hacen con referencia a autores estadounidenses. Discutimos pues a muchos analistas que no han pisado nunca un país latinoamericano, ni conocen el idioma, y menos su cultura.

Coincidió entonces con Ricardo Pozas, quien precisamente en 1993, lamentaba que la mayoría de las investigaciones nuestras se habían sumergido en una línea acrítica, “neofuncionalista” e ideológica, muy cercana al neoliberalismo,

apoyándose en metodologías excesivamente cuantitativas y “monetaristas” para explicar nuestras realidades regionales. Sin embargo, considero que no es esa la única fuente de la discusión. Pues también se han realizado estudios alineados a metodologías cualitativas que han intentado explicar la construcción de sujetos, identidades colectivas y expresiones culturales a partir de modelos teóricos, posmodernos diría, y utilizados en y desde los países llamados occidentales. No sería esto de importancia para mí si no existiese el hecho de que tales investigaciones se apropian de fundamentos teóricos y metodológicos que no pasan por ningún filtro crítico que les permita confrontarlos con nuestras realidades concretas.

Me atrevo a decir esto, en el marco de mi reseña del libro de Lawrence Herzog (Larry) porque considero que él no pertenece a esta tendencia, desgraciadamente hegemónica. Él forma parte de un grupo de intelectuales que se han distinguido más bien por su mexicanismo y latinoamericanismo, culturalmente fuerte, estrechamente vinculado a las realidades mexicanas y latinoamericanas. Estoy pensando por ejemplo en el austriaco Christof Parnreiter, las alemanas Kathrin Wildner y Anne Huffschnid, los franceses Hélène Combes, Guénola Caprón, Gerome Monnet, Francois Tomas (ya fallecido), los ingleses Bryan Roberts, Peter Ward y Gareth Jones, los estadounidenses Shannan Mattiace, David Spener, Joe Scarpaci, Diane Davis, Eric Zolov, Vivienne Bennett y muchos más a los que hace referencia el libro en cuestión, y que han publicado sendos artículos en el Anuario de Espacios Urbanos.

Sergio Tamayo

Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
sergiotamayo1@prodigy.net.mx

DOI: <https://doi.org/10.24275/OVJB8664>

Hacia 1995, en un taller sobre patrimonio cultural en centros históricos, organizado por Peter Ward en la Universidad de Texas en Austin, conocí el trabajo de Lawrence. Entonces yo trabajaba en el área de Estudios Urbanos de la UAM. Y desde entonces, mi relación con los geógrafos ha sido cada vez más estrecha y más respetuosa. Pero Larry además de ser geógrafo, es fotógrafo, especialista en diseño urbano y ambiental, en planeación comunitaria y es un cosmopolita. Su biografía dice en primera línea: "Ha vivido en México intermitentemente".

En ese 1995, varios especialistas, promotores inmobiliarios y arquitectos discutíamos sobre el significado del centro histórico. Al principio me sentí incómodo, porque la presencia de restauradores de la ciudad de Querétaro, de empresarios que habían adquirido en el centro de México edificios históricos y los habían remodelado, por cierto estupendamente, coincidían en una visión de rescate del centro, como si les hubiese sido arrebatado por clases indeseables y fueran éstas las causas perniciosas de su deterioro. La discusión de entonces regresaba al debate que provocara José Iturría, historiador y diplomático, en 1963, con Adolfo López Mateos como presidente. Planteaba que ese rescate del centro era necesario para darle otra vez a la ciudad su pérdida alcuria y el sentido de un verdadero santuario de la cultura europea que "con orgullo –así decía– nos conduzca a afirmar rotundamente, que la ciudad de México posee el más viejo abolengo de cultura europea en las tres Américas". Había que ponerle un alto a la destrucción del centro histórico, justificada ésta por la ideología de la revolución mexi-

cana antieuropeizante y filoindígena que excluía de su propia mezcla a la sangre española que a los mexicanos recorría por nuestras venas. Su utopía era la Ciudad Museo, sus calles sin vehículos, sus edificios homogeneizados en estilo, altura de fachadas y simetrías perfectas. Había que vaciar de ahí a los casi indeseables habitantes de vecindades ruinosas y a los comerciantes no ligados a la cultura o a la industria hotelera. Era este un verdadero "grito de guerra urbanístico mediante el cual ha de exhumarse la ciudad Museo". Era 1995, apenas 10 años después de la rehabilitación del centro después de los sismos.

La propuesta de algunos, en ese taller en Austin de 1995, de los cuales me sentí gustosamente identificado, como la de Herzog, fue más crítica, como lo ha sido en sus diferentes publicaciones: "Cuando el norte se encuentra con el sur" (When North meet South), sobre la frontera Tijuana-San Diego, y la necesidad de que Estados Unidos reconozca y se reconozca en la cultura mexicana; "From Aztec to High Tech", sobre la arquitectura y el paisaje en la frontera de México y Estados Unidos; y "Globalización, política y revitalización del Centro Histórico de la ciudad de México", que publicamos en la UAM. Si nosotros leemos su obra, vamos a encontrar que hay un hilo conductor: la búsqueda y la propuesta de construir una identidad urbana, a veces perdida, a veces reinventada. Una identidad que busca en la historia y en la cultura, la posibilidad de la imaginación y la creatividad.

Como geógrafo y estudioso de la cultura urbana, el espacio ha sido fundamental para comprender los procesos sociales. Ha acercado la Geografía

y la arquitectura, el urbanismo y la economía, la historia y la etnografía. Lawrence es un híbrido, producto de la posmodernidad, quizá, pero irreverente a ella, crítico de las posturas relativistas que ocultan las verdaderas contradicciones de las ciudades. Por eso digo que Herzog forma parte de la otra corriente estadounidense, y quizá sea él un caso específico. Es el urbanismo norteamericano, dice él mismo, el que debería aprender de la historia latinoamericana y de sus conexiones dialécticas con Europa, principalmente de España. Pero su crítica al urbanismo americano, y en parte a esa arrogancia que lo caracteriza, la construye también a partir de una crítica histórica y cultural al urbanismo europeo y latinoamericano. No se trata pues de sentarse en los laureles.

El autor parte de tomar distancia con respecto al urbanismo posmoderno, principalmente de la llamada Escuela de Los Ángeles, en especial de los trabajos de Michael Dear. No es para menos si ubicamos una de las publicaciones de Dear con el título de "Tijuana Desenmascarada" que escribió con Gustavo Leclerc, y "Postmodern Urbanism" con S. Flusty. Su trabajo "La Escuela de Los Ángeles y la Escuela de Chicago: Invitación a un debate", que dictó en una conferencia magistral en el Departamento de Sociología de la UAM-Azcapotzalco, es un tema definitivamente controversial, cuyo modelo conceptual se basa en su libro titulado *The Postmodern Urban Condition*, publicado en 2000. La invitación que Michael Dear hace para el debate se concretiza en una agenda de discusión para repensar las grandes ciudades, a partir de la experiencia de Los Ángeles y confrontando los principales autores y temas de la Escuela de Chica-

go. Recordemos que el primer texto de la Escuela de Chicago, publicado en 1925, se tituló: La ciudad, escrita por Burgess, Park y McKenzie. Este es una visión modernista de la cultura urbana. Pues Dear antepone a esta visión, la condición posmodernista de la ciudad. Y será Los Ángeles el laboratorio ideal para desmenuzar los temas y describir los profundos cambios en la cultura, en la tecnología, en la economía, en el espacio y en el tiempo de la vida contemporánea. Los nuevos miembros de la Escuela de Los Ángeles serían un grupo de estudiosos culturales, geógrafos y planificadores, economistas políticos e historiadores, de la Universidad de Southern California, de UCLA, de Riverside, San Bernardino, y Santa Bárbara. Hace un par de años, Ed Soja fue a la UAM, al Área de Estudios Urbanos, para discutir su trabajo sobre la posmetrópolis, postmodern geographies y Thirdspace. Entonces, Edward ya hablaba de la existencia de la Escuela de Los Ángeles, aunque la entendía no como un lugar de convivencia interpersonal entre investigadores, sino como una convergencia de intereses temáticos que definían problemas urbanos comunes, teniendo a Los Ángeles sobre todo como su objeto de estudio. Me dio la impresión que quería tomar distancia de este mote.

Así, este libro de Lawrence Herzog, return to the center, apunta a debatir algunos temas de esta agenda urbana y discute, a través del tema del espacio público y de experiencias concretas en Madrid, Barcelona, Ciudad de México, Querétaro y Tijuana, las posturas teóricas de algunos investigadores, aunque no necesariamente ubicados en Los Ángeles. La lectura del libro de Lawrence me recreó, por decir, el concepto de edge cities,

que podríamos traducir como ciudades límite, o aquellas fronteras que juntan o segregan distintas zonas de una ciudad, la privatización, las culturas de la heterópolis, la ciudad como un parque temático, el régimen de acumulación fordista vs. el post fordista, la globalización, la política de la naturaleza. La discusión recrea múltiples definiciones de la ciudad: la ciudad mundial o ciudad global, la ciudad dual, la ciudad fortificada, la ciudad híbrida, la ciudad del ciberespacio, la ciudad de los flujos.

Contrario al urbanismo posmoderno, el planteamiento del libro establece que no debemos desligarnos aún del significado del espacio físico y material que sigue siendo esencial en la distinción de las ciudades. Los lugares urbanos tradicionales, especialmente los centros históricos, todavía son importantes para la comprensión de la estructura urbana. No obstante, la propuesta de Herzog no es imaginarse un regreso a la ciudad preindustrial, como es la idea de conservadores y nostálgicos que buscan un pasado que no vendrá más. Al contrario, su postura es construir una utopía "viable", si se me deja decir esta temeridad. Y esa utopía pasa por la historia y la memoria de la experiencia humana, que se confronta con la crítica de la realidad actual, y que colectivamente se proyecta hacia un futuro posible. Es esta al menos la idea de utopía que Habermas, Lefebvre y Heller comparten, y a la que me sumo, y creo que es la misma idea que Herzog forja en su libro.

Uno de los elementos centrales de la ciudad latina, dice, ha sido el espacio público, las plazas, los mercados, los jardines, los parques, las calles comerciales. En contraste, los espacios tradicionales

públicos de las ciudades americanas han perdido su atracción, y quizá su papel central. La hipótesis de este libro es que el papel de la cultura española y latina en el urbanismo americano debe entenderse de mejor manera. Los estadounidenses, dice, deben conocer mejor las dimensiones culturales del urbanismo mexicano como parte de su comprensión del propio espacio urbano norteamericano. Entre otras cosas, ayudará a fortalecer el compromiso con el espacio público en la planeación de sus áreas metropolitanas.

Para demostrar lo anterior, Lawrence discute aspectos cruciales sobre el sentido del lugar, la historia y la cultura como constructor del espacio público, critica por igual a arquitectos y urbanistas, así como las utopías modernistas tanto de Le Courboisier como de Frank Lloyd Wright, describe el impacto diferencial de la globalización sobre el espacio público en distintas ciudades, y analiza, desde una perspectiva política, la plaza como espacio de confrontación.

En consecuencia, hace un recorrido meticuloso e histórico sobre la ciudad y el espacio público en Madrid y Barcelona. Pero no debe haber ninguna duda aquí, de que la postura de Herzog al referenciar la articulación histórica entre México y España, quisiera revalorar la ciudad señorial de los conservadores mexicanos. Su perspectiva es la necesaria conexión histórica para comprender mejor la crisis y las alternativas del espacio público como elemento estructurador de la ciudad contemporánea, un aspecto que me parece de fundamental importancia y que regresaré a él más adelante. La historia del espacio público en España ayuda a comprender mejor la modernidad

en crisis del Madrid contemporáneo y la llamada "ciudad de arquitectos" en Barcelona. Notorio es que el paradigma del resurgimiento del espacio público para el autor sea la experiencia de Maragall el socialista Jefe de la ciudad de Barcelona, quien dijera que "las ciudades son lugares para la reinención, la creatividad y la libertad". Entonces contrata a Oriol Bohigas como director de la Delegación de Servicios Urbanos con el objetivo de hacer del urbanismo la principal atracción de la ciudad. La refuncionalización de Barcelona se dio a través de tres directrices: en primer lugar, el énfasis en la realización de proyectos tangibles, no en la elaboración de "planes urbanos", que sólo sirven para empolvase en las oficinas de los burocratas urbanos; en segundo lugar, situar a los barrios en el centro del redesarrollo urbano; y en tercer lugar, la promoción de la descentralización regional, permitiendo que ciertas actividades se relocalicen en otros nodos adyacentes a la ciudad central. 160 proyectos se realizaron en una década, calles comerciales, nuevos parques, plazas y fábricas convertidas en equipamiento público.

La crítica de Francois Tomas, otro geógrafo, a la experiencia de Barcelona vale la pena aquí, en el sentido de discutir la relación que pueda existir entre el rescate de un elemento del espacio público como fragmento de ciudad, la perspectiva de proyecto urbano, concepto acuñado por Tomas, y su correspondencia con el proyecto de ciudad. Para Tomas, la concepción de ciudad de Bohigas era como un conjunto de fragmentos, cada uno de los cuales presenta una personalidad propia. "Reconstruir la ciudad a partir de sus huecos", fue la consigna. Pero esta concepción fue de corta

duración. Los proyectos se alejaron de la concepción social que pudiera significar el concepto de proyecto urbano, esto es, una propuesta integral, territorial, y barrial con la participación de los actores estratégicos, principalmente sus habitantes. Con la llegada de la Olimpiadas, los dirigentes políticos, continúa Francois, vieron la posibilidad de afirmar su ambición de convertir a Barcelona en World City, y la participación insistente de las asociaciones de residentes reducían esa posibilidad. Se sustituyó pues a Bohigas, por el urbanista Busquets y se convirtieron barrios enteros en zonas de servicios terciarios de alto nivel, destruyendo por decir lo menos barrios funcionalmente mixtos y socialmente populares.

La experiencia de Barcelona me parece pertinente para compararla con lo vivido en el Proyecto Alameda en la ciudad de México. Como dice Lawrence, la globalización impacta diferencialmente, y depende de la correlación de fuerzas y el tipo de actores en competencia. El proyecto de refuncionalización y renovación de la zona Alameda por Richmond, no ha podido llevarse a cabo en su totalidad, en parte por la oposición del barrio popular ubicado en la margen sur del proyecto, como lo testimonia el arquitecto Ángel Mercado, uno de sus protagonistas.

De este libro, destaco dos temas importantes: el primero es la idea de espacio público, especialmente pensado para las plazas, del propio autor. El segundo es la idea de proyecto urbano de Tomas al que vinculo con la reflexión que arquitectos comunitarios mexicanos han desarrollado a propósito del Programa de Mejoramiento de Vivienda, impulsado por el INVI en el D.F.

Veamos. El libro de Herzog se titula *Regreso al Centro, cultura, espacio público y construcción de ciudad en la era global*. Y en efecto, la intención del autor es hacer conciencia de la importancia de los centros históricos, de su vitalidad, redensificación, y energía cultural. No obstante, las posibilidades del libro en sí mismo, van mucho más allá. El planteamiento de espacio público de Larry permite repensar en la construcción de ciudad, pensarla desde el espacio público, una red articulada de plazas, corredores urbanos, y pasajes. El libro debería llamarse “el regreso al espacio público”, o mejor, “el regreso a la plaza”. Katia Mandoki, una colega de la UAM Xochimilco, escribió en el Anuario de Espacios Urbanos, que las ciudades latinoamericanas se formalizan en una red infinita de plazas y conexiones. Las metrópolis mexicanas, al expandirse, incorporan pueblos originarios y ciudades que aportan su estructura urbana característica de la plaza. El regreso al centro, en realidad, es el regreso a todos los centros, a la policentralidad. Y no se trata de minimizar la importancia cultural e identitaria del centro histórico, de la plaza mayor, del Zócalo capitalino, sino de reconocer la existencia de otros centros, Coyoacán, Tlalpan, San Ángel, San Pedro Mártir, Totolapan, Iztacalco,

Xochimilco, así como parques y espacios públicos donde la concentración y la densidad de actividades han desmentido tajantemente la descabellada idea posmoderna de la muerte del espacio público. El regreso a los centros, que en realidad es el regreso a las plazas, puede convertirse en detonador de proyectos urbanos que le den sentido de lugar a la ciudad toda, a partir de sus propios habitantes.

Finalmente, esa idea de proyecto urbano de Tomas, permea en la reflexión de jóvenes arquitectos que han criticado las limitaciones del programa de mejoramiento de la vivienda en el DF, al haberse reducido a pequeñas acciones al interior de las casas, aunque con buenos resultados. La consigna “mejora tu casa, no la fachada, que así se reflejará en el mejoramiento de tu calle”, no es suficiente.

Para las nuevas políticas habitacionales en el DF, ellos han pensado en ir más allá, al mejoramiento barrial, que incluya la casa, la calle y el territorio. Es la idea de proyecto urbano de Tomas. Puede pensarse también en el sentido del libro de Lawrence Herzog, como el regreso a la plaza, y en la articulación de una red de espacios públicos que construyan el sentido público de ciudad.

Los autores